



UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE
MÉXICO

**PERFILES
EDUCATIVOS**

ISSN 0185-2698

Sánchez Azcona, Jorge (1982)
**“LA PERSONALIDAD AUTORITARIA
EN LA DEMOCRACIA MODERNA”**
en Perfiles Educativos, No. 16 pp. 28-34.

LA PERSONALIDAD AUTORITARIA EN LA DEMOCRACIA MODERNA*

Jorge SÁNCHEZ AZCONA**

El concepto de Democracia, en el Mundo Moderno, es de tal amplitud, que su examen rebasaría con mucho los límites de este trabajo.

Por ello me voy a referir solamente a la manera como visualizo algunos aspectos que considero relevantes de la realidad ideológica de México, del México urbano, el de las grandes ciudades, el que se está industrializando, el México que tiene el control económico, político, militar y educacional, que es el que señala el rumbo que estamos siguiendo: el del industrialismo dependiente.

En general, el hombre moderno se encuentra inmerso en un ámbito social que cada vez más, en forma creciente, va condicionando su actuar. El individuo está sometido a distintas normas sociales, que van cubriendo y reglamentando sus diferentes etapas de crecimiento y desarrollo y lo van moldeando con una marcada personalidad social. Pero si en algunos aspectos su socialización creciente representa el fortalecimiento de su personalidad, en otros se ha venido a limitar y a debilitar muy sensiblemente su propia proyección individual.¹

En ciertos aspectos, la coacción normativa e ideológica, en la sociedad moderna, ha llegado a limitar y a deformar el desarrollo del hombre, al representar esquemas enajenantes y explotadores de la persona. El individuo se encuentra en un mundo ideológico que más que potencializar su desarrollo lo limita sensiblemente.

Este último aspecto destaca con gran claridad cuando tratamos de analizar la relación que se da entre el individuo, la sociedad y el poder político.

Podemos considerar que, como regla general, para el hombre cotidiano, generalmente es nula su participación y comprensión de la vida política de su comunidad. El individuo, en su vida diaria, permanece ajeno al juego político de la sociedad, y en todo caso su relación con el Estado se visualiza exclusivamente como un hecho de imposición coercitiva.

El acceso a las noticias políticas cotidianas lo llevan a sentir una profunda sensación de extrañamiento frente a los sucesos políticos, en los cuales percibe que por un lado se dan en un escenario ajeno a él, en el cual aparece exclusivamente como espectador, y, por otro, siente cómo es compelido a recibir voluntariamente los efectos de dichos sucesos, tanto por las políticas de su Estado Nacional, como por las políticas mundiales que afectan a aquél.

Cuando busca una explicación de los sucesos encuentra un aparato ideológico que legitima a las estructuras imperantes, marcos ideológicos que no siempre responden al sentir ético de la comunidad, y que no representan necesariamente los valores y aspiraciones inherentes de los hombre que forman esa comunidad.

Insistimos en que existe una gran dificultad para tratar de abarcar bajo el concepto de democracia los distintos matices de la actividad política que se dan en una sociedad, pero dado

** Director del CISE.

que hay un patrón de desarrollo socio-económico, un modelo a alcanzar, teóricamente se puede hacer un análisis del mismo, tratando de considerar que en la mayoría de los casos la estructura que queremos formar tiende a asimilarse en la forma más amplia posible, al siguiente esquema:

El modelo industrial de producción implica la concentración masiva de los individuos en la ciudad, la monopolización de la producción a través de las grandes empresas, dirigidas por una minoría de la que dependen trabajadores y empleados: éstos tienen que homogeneizarse en actitudes y expectativas en grado superlativo para poder trabajar en forma armónica, fácil, fluida, sin alteraciones que se reflejen en la producción. Tal sistema va creando, por su especialización que va influyendo en la configuración del carácter de los individuos que laboran en él. Hay un proceso de troquelamiento de la personalidad y la mentalidad, en los valores y las normas de las personas, que tienen que aceptar este orden normativo, o de lo contrario corren el riesgo de ser excluidos o sancionados. Ello obliga que el hombre moderno tenga un carácter conservador y temeroso, con un deseo manifiesto de evitar cualquier actitud nueva que implique peligro. El precio que se paga por la disidencia, por el deseo de cambio, es extremadamente alto. La actitud del individuo está marcada de por vida por el tipo de empresa en la que labora. Se supone que el empleado o trabajador hará carrera dentro de las instituciones en las que presta sus servicios, ya pertenezca tanto al gobierno o a la iniciativa privada, pues cada día es menor el campo de trabajo en las profesiones liberales o en el pequeño comercio.

Así es como la persona adquiere una identificación y un sentido de realización al poder actuar dentro de las normas que la organización le demanda cuando su conducta es reconocida como adecuada dentro de este tipo de estructuras laborales, se siente satisfecho. Cuando actúa de acuerdo con los valores que se le imponen, es recompensado económica y psicológicamente. Pero estos sistemas de producción obligan, para su subsistencia, a que se cumplan varios requisitos; el primero, se ha dicho, es el de la producción en conjunto: alcanzar un alto grado de desarrollo en el ciclo económico, producción-consumo. Para lograrlo, se requieren los gustos y apetencias de los miembros de la sociedad, a fin de que agoten toda la producción; el sistema se obliga entonces a utilizar medios publicitarios, educativos, políticos, religiosos, etcétera, en este proceso tendiente a homogeneizar las aspiraciones y las necesidades económicas del público consumidor.

Pierden su conciencia moral y su personalidad individual las personas sometidas a este inductramiento necesario para que el hombre asimile lo más rápidamente posible las expectativas y los valores que permiten subsistir a la sociedad económica, no importando consecuencias como las siguientes: despersonalización creciente del individuo, falta de respeto a su integridad y a su intimidad, desprendimiento del hogar para que se den mayor número de horas de trabajo, etc. Se acepta como moral, como legítimo, todo lo que ayude y estimule el acrecentamiento y el fortalecimiento del sistema de producción, y el hombre pierde toda posibilidad de desarrollar sus aspectos emocionales, vocacionales, de comunicación con sus semejantes, con su familia.²

Tales son algunas de las aspiraciones básicas impuestas por los valores reconocidos dentro del sistema industrial. La sociedad está obligando al individuo a convertirse en una máquina de producción y en un artículo de consumo. Los patrones sociales se nos imponen coactivamente; todo el sistema educacional tiene como meta principal el logro de una personalidad preferentemente económica.

El hombre moderno fortalece su personalidad cuando puede, a través de la remuneración que ha recibido por su trabajo, comprar y consumir; éste es el momento en que se afirma, en que logra su máxima plenitud, en que siente que se realiza. Todos los medios de comunicación nos están insistiendo reiteradamente en que la finalidad de todo ser humano debe ser comprar más artículos, los mejores y más caros, no importando para qué sirvan, o sea tener una ambición permanente, competitiva, egoísta e irracional de poseer. Esta posesión se dará sobre las cosas y sobre las personas.

En esta sociedad de consumo, el capitalismo empresarial ha obligado a crear una segunda naturaleza en el hombre, convirtiéndolo en objeto y en mercancía.

Por otro lado, este carácter social que estamos describiendo le da a la propia sociedad un potencial altamente fascista como característica de su propia estructura política.

Históricamente, nunca se había encontrado, como en el siglo XX, la agresividad, la violencia y la destructividad del hombre contemporáneo. El hombre tiene mecanismos defensivos que se proyectan en actitudes agresivas al servicio de su supervivencia, mismas que se cumplen tanto en lo individual como en contra de su especie. Es un carácter defensivo que deja de ser utilizado cuando las amenazas que se ciernen sobre el individuo dejan de existir. Pero la sociedad moderna ha desarrollado otro tipo malsano de agresividad, una agresividad maligna que no es inherente a la especie humana, y que además no se encuentra presente en ninguna de las especies. Es una agresividad socialmente condicionada. El hombre moderno ha llegado a perder totalmente la noción de sus propias necesidades y de su propia existencia, manipulado principalmente por los medios masivos de comunicación, que le infunden una ideología destructiva, donde los medios que se utilizan le impiden poder discernir entre lo que es la realidad y lo que es la fantasía y donde el medio se ha convertido en algo más importante que el propio mensaje.

Hay que distinguir dos tipos de violencia : la violencia natural, instintiva, inherente al hombre, y la violencia que en un momento dado produce la propia estructura social.

Las grandes concentraciones urbanas, la falta de capacidad que la densidad de población nos impone para la racionalización de los recursos del desarrollo, ante una sociedad altamente contaminada por su irracionalismo y su falta de planeación, ha llevado, entre otros aspectos, a la ausencia de la configuración de una conciencia social con un contenido humanista.³

Los científicos de la política han encontrado que la actitud democrática, o en su caso, la actitud autoritaria que se refleja en la forma específica de participación política, dependen en mucho del carácter personal del individuo, de su concepto sobre la vida y la sociedad, esto es, del contenido ideológico de su contexto. Siguiendo a Robert Dahl, expondremos a continuación un breve resumen sobre los caracteres sobresalientes de la llamada personalidad democrática y de la autoritaria.

Nos dice dicho autor que entre los investigadores que se han ocupado recientemente de las ciencias políticas que tratan de esta cuestión, existe un grado extraordinario de acuerdo sobre los valores, actitudes, opiniones y rasgos de carácter que ayudan a mantener un sistema democrático. Las actitudes más importantes son las que se tienen hacia sí mismo, hacia los demás, hacia la propia autoridad, hacia la comunidad y hacia los valores:

1. Hacia sí mismo: una creencia en el valor y en la dignidad de sí mismo;
2. Hacia los demás: una creencia en el valor y en la dignidad de los demás;
3. Hacia la autoridad: el hecho de dar importancia a la autonomía personal y un cierto distanciamiento o hasta desconfianza de la autoridad poderosa. En contraste con lo autoritario, la ausencia de una necesidad de dominar o someter;
4. Hacia la comunidad: franqueza, pronta aceptación de diferencias, buena voluntad hacia compromisos y cambios, y
5. Hacia los valores: la persecución de varios valores en vez de un objetivo individual que lo consume todo, y una disposición para compartir en vez de acumular y monopolizar.

El mismo autor continúa diciéndonos que a partir del año de 1950 se ha llevado a cabo una gran cantidad de trabajo de investigación sobre las características de un síndrome denominado la "personalidad autoritaria", a la que se le atribuyen las siguientes características:

1. Convencionalismo: Adhesión rígida a los valores convencionales de la clase media;

2. Sumisión autoritaria: actitudes de sumisión, desprovistas de crítica, con respecto a las autoridades morales idealizadas del grupo propio;
3. Agresión autoritaria: Tendencia a vigilar y condenar, a rechazar y a castigar a las personas que violan valores convencionales;
4. Anti-intracción: Oposición a lo subjetivo, lo imaginativo, lo delicado de espíritu;
5. Superstición y estereotipia: La creencia en determinantes místicos del destino del individuo; la disposición a pensar en categorías rígidas;
6. Poder y dureza: Preocupación por las dimensiones dominio-sumisión, fuerza-debilidad y jefe-subordinado; identificación con personalidades del poder; afirmación exagerada de la fuerza de la rigidez;
7. Destructividad y cinismo: Hostilidad generalizada, envilecimiento de lo humano;
8. Proyectividad: La disposición a creer que en el mundo ocurren cosas alocadas y peligrosas; la proyección anterior de impulsos emocionales inconscientes; y
9. Sexo: Una preocupación exagerada por conductas sexuales.⁴

De acuerdo con las características distintivas señaladas como relevantes en la ideología del industrialismo, podemos decir que la personalidad que tiende a configurar este tipo de estructura económica es la autoritaria impuesta a hombres dóciles, fáciles de manejar, con una aprehensión dirigida a consumir, con valores y gustos preestablecidos, que a pesar de que por medio de la ideología se les hace creer en su libertad, son conducidos en realidad sutilmente para obtener de ellos un total sometimiento al régimen político y económico imperante, o sea, que se convierten en seres enajenados, sin conciencia de esa realidad, pero que la defienden a todo trance; que sean conservadores, convencionales, sumisos, productivos, antirreceptivos y, a pesar de ello, precisamente como resultado de esa enajenación, se sienten perdidos en cuanto se separan lo mínimo de las costumbres y modos de comportamiento que imperan en su sociedad; que su meta sea producir y consumir; por lo tanto, a pesar de ser hombres masa, en realidad son como el personaje de Hesse, lobos esteparios que no tienen ninguna comunicación con sus semejantes. Mills dice: "...una sociedad considerada en sus más altos círculos y en sus niveles medios como una red de hábil ilegalidad, no produce hombres con un sentido moral íntimo; una sociedad que es sólo acomodaticia no produce hombres de conciencia. Una sociedad que reduce el significado de la palabra **éxito** al de hacer dinero y que condena el fracaso como el peor de los vicios, elevando el dinero al nivel de valor absoluto, producirá el agente avisado y el negocio dudoso. Bienaventurados los cínicos porque sólo ellos tienen lo necesario para triunfar..."⁵

Los sistemas educacionales son una proyección más de la estructura político, económica. La educación se ha hecho política; no es el medio por el cual el individuo se realiza vocacionalmente, sino el instrumento político económico que troquela la personalidad anónima que requiere el sistema: un hombre-cosa, un hombre masa, un autómatas que produzca y consuma lo que se le ordena, al cual le crean de antemano sus necesidades y se le somete a ellas. ¿Cómo considerar sano a este tipo de sociedad? A pesar de que millares de personas compartan las mismas actitudes, los mismos valores necrófilos y destructivos, eso no sana a la sociedad. Que la mayoría de las personas no puedan lograr el dominio de sí mismas y mantengan una dependencia con los medios de manipulación, no convertirá ese actuar en normal, ya que como tal debería de considerarse aquel que permita al ser humano la satisfacción de sus necesidades básicas y no aquellas que los miembros de una sociedad puedan pensar que lo son, pues esto es resultado de una actitud subjetiva e irracional, dado que tales necesidades le son impuestas coactivamente e internalizadas como si fueran propias.

A este respecto dice Fromm: "En general toda nuestra actitud hacia la vida se está haciendo hoy cada vez más mecánica, nuestro propósito principal es producir cosas, y en el proceso de esta idolatría de las cosas nos convertimos en mercancías. A los individuos se les trata como números. La cuestión no es aquí si se les trata bien y están bien alimentados (también las cosas pueden ser bien tratadas); la cuestión es si las personas son cosas o seres vivos. La actitud hacia los hombres es ahora intelectual y abstracta. Se interesa uno en las personas como

objetos, en sus propiedades comunes, en las reglas estadísticas de la conducta de las masas, no en los individuos vivos. Todo esto va unido al papel cada vez mayor de los métodos burocráticos. En centros gigantescos de producción, en ciudades gigantescas, se administra a los hombres como si fueran cosas; los hombres y sus admiradores se convierten en cosas, y obedecen a las leyes de las cosas. Pero el hombre no nació para ser una cosa; es destruido si se convierte en cosa; y antes de que eso se realice, se desespera y quiere acabar con toda vida.

“En un industrialismo burocráticamente organizado y centralizado, se manipulan los gustos de manera que la gente consuma el máximo y en direcciones previsibles y provechosas. Su inteligencia y su carácter se uniforma por el papel siempre creciente de pruebas que seleccionan al mediocre y falto de ánimo con preferencia al original y atrevido. En realidad, la civilización burocrática-industrial que triunfó en Europa y en los Estados Unidos creó un tipo nuevo de hombre, que puede describirse como el hombre organización, el hombre autómatas y el **homo consumens**”.⁶

En este tipo de estructuras, el hombre tiene como cualidades el ser práctico, pragmático, cuidadoso, reservado, tenaz, imperturbable, ordenado, metódico y obediente, esto sobre todo.

Y como aspectos negativos al ser: sin imaginación, mezquino, avaro, suspicaz, frío, ansioso, inflexible, obsesionado y posesivo. Cualidades que predominan en la sociedad.

¿Cuál es el precio que paga la familia por adaptarse a este tipo de sociedad? Su propia destrucción.

El ser humano, al no poder realizarse, madurar integralmente, va creciendo como un ser atrofiado, que nunca podrá llegar a trascender existencialmente y esta frustración obviamente se reflejará e influirá de una manera decisiva en sus relaciones familiares, en donde la promiscuidad, la indiferencia sexual, el hermafroditismo y la desexualización vienen a ser características prominentes del núcleo familiar.⁷

Nunca será suficiente reiterar el problema tan grave a que nos está llevando la mecanización creciente y que se aleje el hombre moderno de la naturaleza, y de sus propios compañeros, los individuos que forman parte de esa sociedad. Hemos creado un mundo en el cual las máquinas tienen su propia vida y que está escapando a la dirección del hombre, un mundo en el cual la participación creciente del Estado fortalece este tipo de estructuras y las sanciona legitimándolas.⁸

Es necesario que nos demos cuenta que la sociedad actual fomenta muy sensiblemente la agresividad, la violencia, la enajenación del individuo, la pérdida de esperanza. Para poder en un momento dado combatir estos aspectos cotidianos de la vida que las grandes concentraciones urbanas y el desarrollo industrial nos están imponiendo, es necesario que no lo hagamos sólo a través de argumentos racionales, sino que busquemos los cambios estructurales que permitan proyectar un cambio de ideología.

No es suficiente pensar en sensibilizar a las personas acerca de esta problemática de nuestra vida diaria, sino que es necesario buscar el cambio de las estructuras del propio ambiente.⁹

Mientras una sociedad no tenga la esperanza de este cambio, sino que se busque la integración, la comodidad y el consumismo, no será posible, en un momento dado, perder de vista el potencial fascista que en sí misma contiene esta ideología.

La destructividad del hombre contemporáneo se ve estimulada ante la falta de alternativas para el desarrollo de una sociedad biófila, en donde la energía vital del hombre se realice y supla dándole la jerarquía que corresponde a las máquinas y a los objetos que en ocasiones se nos están imponiendo.

Es necesario que el hombre recupere su dimensión y que la sociedad replantee que si la participación económica de los grupos que configuran esta ideología y la sanción legitimadora del Estado nos lleva a esta configuración de la sociedad, se busquen los medios que permitan al hombre reencontrarse y romper con este tipo de mundo.

Inclusive la clase trabajadora pierde el papel predominante en la producción al incluirse en este mundo cibernético, mecanizado, en donde ahora son los científicos y los técnicos quienes nos imponen el destino de la producción y, por tanto, de la sociedad.¹⁰

En la sociedad actual existe una absoluta dominación por parte de la oferta. Las grandes empresas escogen sus actividades en función del criterio de la mayor rentabilidad posible. Por consiguiente, dan preferencia a ciertas producciones que son más rentables. Dan preferencia a las necesidades individuales antes que a las necesidades colectivas; a productos, antes que a servicios; a los bienes suntuarios, incluso fútiles y hasta nocivos. Satisfacer estas necesidades es particularmente rentable. Ofrecen productos concebidos para seducir antes que para ser verdaderamente útiles. De ello resulta una verdadera distorsión de la producción en relación con las necesidades. Es simple hipocresía decir que el objetivo de la empresa es satisfacer una necesidad. Sería más justo decir: la satisfacción de ciertas necesidades, solventes y rentables. Así, vivimos en una mezcla incoherente de abundancia y hasta de despilfarro para ciertas cosas y de penuria grave para muchas de las necesidades fundamentales. Basta con evocar la paradoja de la proliferación de automóviles privados.

Diariamente el hombre moderno es agredido por cientos de mensajes comerciales. En toda su existencia eso representa mucho más que los mensajes recibidos en la escuela, en la Universidad, de buenos autores -si todavía le queda tiempo para leer-; mucho más que los mensajes recibidos de las iglesias, de los partidos políticos o de cualquier centro de pensamiento libre y desinteresado. Todos estos mensajes constructivos, humanos, apenas pesan- al lado de la masa enorme de los recibidos por la publicidad. Desde el punto de vista de la civilización, esto es grave.

El hombre se convierte en una "máquina de deseos", todo se mercantiliza: el deporte, los recreos, que son impulsados hacia entretenimientos pasivos, los **massmedia** (TV comercial), la cultura. Todo ello crea una falsa concepción del bienestar fundada en la posesión de cosas.

Falsa concepción, por consiguiente, de la persona humana, puesto que la personalidad se afirmará cada vez más por el consumo, estratificando éste en adelante las clases, lo mismo que la propiedad y las rentas. Por último, falso concepto de la civilización fundado sobre lo cuantitativo en lugar de lo cualitativo.

El hombre tiene necesidad de que se le proponga un nuevo estilo de vida, distinto del que se desprende de esos mensajes repetidos de la publicidad; una repartición distinta de esos gastos a los que se empuja a la familia de hoy: un concepto diferente del bienestar, que no reposará más sobre el verbo haber, sino sobre el verbo ser. Producir en razón de las necesidades no es siempre rentable. Ahora bien: dirigir una empresa es reducir las incertidumbres. Por consiguiente, es mucho más seguro suscitar aquellas necesidades de las que se sabe que es rentable la producción necesaria para cubrirlas. El juego de la oferta y la demanda no es más que un divertimento del espíritu. El consumidor no escoge; se le dicta lo que ha de escoger. Todo el sistema puede llegar a convertirse en una vasta conspiración tendiente a hacer del hombre una máquina de consumir o cuando menos a que consuma no importa qué. A las empresas no les interesa el hombre que piensa; les interesa el que gasta. Se deja sin raciocinio al consumidor. Primeramente, manteniendo su ignorancia. Su reflexión se halla turbada por la interferencia de los precios desprovistos de toda significación; por las promociones de venta lanzadas al juego continuo de ofrecer tres en lugar de dos; por las rebajas espectaculares, cuando no se trata de una disminución discreta de las cantidades. Turbada por la mezcla de calidades, a veces difícilmente distinguibles a través de etiquetas tan variadas, tan disparatadas y tan incompletas por la afluencia de bienes nuevos o que se presentan como tales por un condicionamiento que permite multiplicar hasta el infinito las diferenciaciones.

A partir del ejemplo concreto, vivido en la cotidianidad de nuestras familias, hay que desmontar uno a uno los mecanismos de la economía, rechazar el mito de la mano invisible de la ley económica; encontrar, a fuerza de buscarla, la mano invisible, el puño de quienes falsean el juego o sencillamente lo organizan; querer a su vez participar en la elaboración del reglamento de las cartas, reclamar para sí su parte en el azar y quererlo también para los otros. El camino es largo y difícil. ¿Es que hay otro?

Nos dice Marcuse que lo que está en juego en el hombre moderno es el desarrollo de sus propias necesidades. Cómo poder desarrollar y satisfacer sus necesidades básicas ya no sólo no dañando a los demás, sino en todo caso no dañándose a sí mismo. Cómo realizarse el individuo sin tener que reproducir y consolidar, mediante sus aspiraciones y satisfacciones, su dependencia respecto a un aparato de explotación, que al permitirle satisfacer las necesidades que este aparato va creando lo obliga a que se perpetúe su propia servidumbre.

Esta es, pues, una sociedad de consumo en donde el capitalismo empresarial ha obligado a crear una segunda naturaleza en el hombre, convirtiéndolo en objeto y en mercancía. Por otro lado, una sociedad que tiene un potencial altamente fascista como una característica de su propia estructura política.

Por lo que vemos, este sistema está muy lejos de ser democrático. Sin voluntad y pensamiento propios, el hombre está llegando al mundo feliz de Huxley. Los intereses económico políticos no respetan la dignidad humana, pasan sobre ella utilizando al hombre como un medio.

En lo particular, sobre el poder, podemos decir que esos sistemas nos llevan a un centralismo oligárquico, autoritario y/o dictatorial, en donde el gobierno está controlado por grupos minoritarios, quienes, para legitimarse ante la opinión pública pueden llegar incluso a convocar a elecciones, pero en donde los sucesores del poder no alteran las directrices del sistema, en donde cada día las estructuras económicas someten al poder político.

Para México, en particular, se presenta la gravísima disyuntiva de poder establecer si el sistema que estamos siguiendo, esta industrialización creciente y dependiente desde el punto de vista de la ideología consumista, es el camino que debemos seguir o tenemos que buscar otras alternativas que permitan al país encontrar nuevos cauces que nos den la oportunidad de un crecimiento propio y genuino. Este sentido de afirmar nuestra identidad está basado en la búsqueda de la igualdad y la justicia, en el ejercicio de nuestra propia libertad.

Como se ha dicho, las grandes concentraciones urbanas, la falta de capacidad que la densidad de población nos impone para la racionalización de los recursos del desarrollo, ante una sociedad altamente contaminada por su irracionalismo y su falta de planeación, ha llevado entre otros aspectos a la configuración de una conciencia anómica, en palabras de Durkheim, y por lo tanto a que en un momento dado se establezcan salidas no normativas desde el punto de vista de una ideología impositiva y destructiva que se le está imponiendo al hombre.

Este esquema desarrollista impone un costo vital para quien lo vive. No sólo no hemos podido cubrir con decoro y dignidad las necesidades del México rural, sino que quienes se han beneficiado en lo material con este desigual sistema económico tampoco han podido realizarse como seres humanos dentro del mismo.

La materialidad y el consumismo abarcan todas las esferas de nuestra vida; por ello, los efectos de la ideología consumista descritos anteriormente tienden a reflejarse en la estructura educativa.

Es necesario que encontremos una cultura de la liberación en la cual no se sacrifique en aras del progreso a miles de personas, con un sentido de desarrollo material que tiene como último objetivo el consumismo y el esclavismo más enajenante del propio individuo: debemos delinear una política nacionalista e independiente.

Esto obliga a pensar que como mexicanos tenemos la obligación de encontrar caminos que nos permitan conciliar un desarrollo económico con un cambio ideológico que permita al hombre convertirse en dueño de sí mismo. Además, debemos buscar un sistema económico menos injusto y desigual para los obreros, y sobre todo, para los campesinos. Acabar con la explotación material del campo en beneficio de las áreas urbanas, y de la enajenación de éstas en áreas del consumismo y la irracionalidad; un sistema socio-económico que en lo político fomente el desarrollo de la personalidad democrática que logre alcanzar los objetivos que Torres Bodet desglosó del espíritu de la Constitución cuando expresó:

“Al considerar los objetivos que la Constitución señala a la educación, pensamos en el tipo de mexicano que habremos de preparar en nuestros planteles. Un mexicano en quien la enseñanza estimule la diversidad de las facultades del hombre: comprensión, sensibilidad, carácter, imaginación y creación. Un mexicano dispuesto a la prueba moral de la democracia. Un mexicano interesado en el progreso de su país. Un mexicano resuelto a afianzar la independencia política y económica de la patria con su trabajo, su energía, su competencia técnica, su espíritu de justicia y su ayuda cotidiana y honesta a la acción de sus compatriotas. Un mexicano en fin, que sepa ofrecer su concurso a la obra colectiva -de paz para todos y de libertad para cada uno- que incumbe a la humanidad entera, lo mismo en el seno de la familia, de la ciudad y de la República, que en el plano de una convivencia internacional digna de asegurar la igualdad de derechos de todos los hombres.”¹¹

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

1. Este tema está ampliamente desarrollado en el libro: Sánchez Azcona, Jorge. **Normatividad Social - Ensayo de sociología jurídica**-, Instituto de Investigaciones Jurídicas, UNAM, 1981.
2. Fromm, Erich. **El corazón del hombre**. Traducción de Florentino M. Torner, México, Editorial Fondo de Cultura Económica, 1966, p. 61.
3. Pappenheim, Fritz. **La enajenación del hombre moderno**. Traducción de Werner May, México, Ediciones Era, 1965, pp. 50 y s
4. Adorno, T.W. Frenkel, Branswick, Else, Levinson, Daniel J. and Nevitt Sanford, R. **The Authoritarian Personality**, New York, Harper and Brothers, 1950, p. 973.
5. Mills, Wright. **La élite del poder**. Traducción de Florentino M. Torner y Ernestina D. Champourien, México, Fondo de Cultura Económica, 1963, p. 322.
6. Fromm, Erich. **Op. cit.**, pp. 62 y s.
7. Derbez, Jorge. “La difference-masculino y femenino”, publicado en **La guerra de los sexos**. México, Instituto Mexicano de Psicoanálisis, 1959, p. 88.
8. Pappenheim, Fritz. **Op. cit.**, pp. 50 y s.
9. Adorno, T.W. Frenkel, Branswick, Else, Levinson, Daniel J. and Nevitt Sanford R. **Op. cit.**, p. 973.
10. Fromm, Erich. **La revolución de la esperanza**. Traduc. de Daniel Jiménez Castillejo, México, Fondo de Cultura Económica, 1970, p. 144.
11. Torres Bodet, Jaime. “Perspectivas de la educación”. Publicado en **México, Cincuenta años de Revolución**, México, Fondo de Cultura Económica, 1967, p. 379.